

cumbido, se decía: *Robespierre es quien lo ha mandado*; que si algunos patriotas habían sido presos, se decía: *Robespierre es quien lo ha dispuesto*; que si muchos agentes del comité de seguridad general extendían por todas partes sus vejaciones y sus rapiñas, se decía: *Robespierre es quien los envía*; y que si una nueva ley vejaba á los rentistas, se decía: *Robespierre es quien los arruina*. Ultimamente dijo que para perderle le han representado como autor de todos los males; que se le ha llamado tirano; y que el día de la fiesta del Ser Supremo, aquel día en que la Convención hirió de un mismo golpe al ateísmo y al despotismo sacerdotal, atrayendo en favor de la revolución todos los corazones generosos; aquel día, en fin, de felicidad y de pura embriaguez, el presidente de la Convención Nacional fué insultado, al dirigir su voz al pueblo reunido, por hombres culpables, que eran representantes. ¡Le han llamado tirano! ¿Y por qué? Porque ha obtenido alguna influencia al hablar el lenguaje de la verdad. «¿Y qué pretendéis, exclama, vosotros los que queréis que la verdad no tenga fuerza en boca de los representantes del pueblo francés? La verdad tiene sin duda su poder, su cólera y su despotismo, sus acentos conmovedores y terribles, que resuenan con fuerza en los corazones puros como también en las conciencias culpables, acentos que no pueden remedar la mentira, como tampoco podría Salmoneo imitar los rayos del cielo. Acusad á la nación, acusad al pueblo, que la conoce y la ama. ¿Quién soy yo para que se me acuse? Un esclavo de la libertad, un mártir viviente de la república, la víctima á la par que el enemigo del delito.

«Todos los bribones me ultrajan; los actos más indiferentes y los más legítimos de parte de otros, son crímenes para mí. Apenas me conoce un hombre, ya se le calumnia; perdonan á otros sus delitos, y se convierte mi celo en crimen. Arrancadme la conciencia; soy el más infeliz de los hombres; ni aun disfruto de los derechos del ciudadano, ¿qué digo?, ni aun se me permite llenar los deberes de un representante del pueblo.» Robespierre se defiende así con sutiles y difusas declamaciones; y por primera vez ve á la Convención lúgubre y silenciosa después de oírle y como aburrida de su largo discurso. Llega por fin á lo más vivo de la cuestión, y acusa. Recorriendo todas las partes del gobierno, critica primero con inicua malignidad el sistema financiero: autor de la ley del 22 pradiar, extiéndese con profunda compasión sobre la ley de rentas vitalicias; y hasta parece pronunciarse contra el *máximum*, diciendo que los intrigantes han arrastrado á la Convención á tomar medidas violentas: «¿En qué manos está vuestra hacienda?, exclama. En manos de los fuldenses, de bribones conocidos, de los Cambón, de los Mallarmé y de los Ramel.» Pasando después á la guerra, habla con desdén de aquellas victorias, que se acaban de relatar con una *ligereza académica*, como si no hubiesen costado sangre ni trabajos. «Vigilad, grita, vigilad la victoria, vigilad la Bélgica; vuestros enemigos se retiran, dejándoos entregados á vuestras luchas intestinas; pensad en el fin de la campaña. Se ha sembrado la división entre los generales; la aristocracia militar está protegida; los generales fieles son perseguidos, y la administración militar se ve rodeada de una autoridad sospechosa: estas verdades valen tanto como los epigramas.» Robespierre no decía

más sobre Carnot y Barrere, y dejaba á Saint-Just el cuidado de censurar los planes de Carnot. Ya vemos que ese miserable infiltraba en todas las cosas la hiel que le consumía. Habló después largamente sobre el comité de seguridad general, sobre sus muchos agentes, sus crueldades y sus rapiñas; denunció á Jagot y Amar, acusándoles de haberse apoderado de la policía, haciendo lo posible por desacreditar al gobierno revolucionario; quéjase de las burlas que se han oído en la tribuna acerca de Catalina Theot; pretende que se han querido suponer fingidas conspiraciones para ocultar las verdaderas, y designa á los dos comités como entregados á intrigas y comprometidos en cierto modo en los proyectos de la facción antinacional. De todo lo que existe no encuentra bueno más que el *gobierno revolucionario*; pero aun en éste, sólo el principio y no la ejecución; el principio era suyo, y él era también el fundador, y sus contrarios los que le depravaban.

Tal es el sentido de las voluminosas declamaciones de Robespierre, quien termina con este resumen: «Digamos que existe una conspiración contra la libertad pública, la cual debe su fuerza á una coalición criminal que intriga en el seno mismo de la Convención; que esta coalición tiene cómplices en el comité de seguridad general y en las oficinas que de él dependen; que los enemigos de la república han opuesto este comité al de salvación pública, constituyendo así dos gobiernos; que los individuos de este último toman parte en el complot, y que la coalición formada de este modo trata de perder á los patriotas y á la patria. ¿Cuál es el remedio para este mal? Castigar á los traidores, renovar las oficinas del comité de seguridad general, purificar á este último subordinándole al de salvación pública, constituir el gobierno bajo la autoridad suprema de la Convención Nacional, que es el centro y juez, y aniquilar de este modo á todas las facciones con el peso de la autoridad nacional, para elevar sobre sus ruinas la fuerza de la justicia y de la libertad. Tales son los principios: si es imposible reclamarlos sin pasar por ambicioso, deduciré que aquéllos están proscritos y que la tiranía reina entre nosotros; mas no por eso debo enmudecer; pues ¿qué se puede objetar á un hombre que tiene razón y que sabe morir por su país? He nacido para combatir el crimen y no para gobernarle: aún no ha llegado el tiempo en que los hombres de bien podrán servir impunemente á la patria.»

Robespierre había comenzado su discurso en medio del más profundo silencio, y con el mismo le acababa. Todos permanecían mudos, contemplando al orador; aquellos diputados, tan entusiastas en otro tiempo, parecen de hielo; nada expresan, y parecen tener el valor de permanecer fríos desde que los tiranos, divididos entre sí, les toman por jueces. Todos los semblantes son impenetrables; elevase poco á poco una especie de sordo rumor en la asamblea; pero nadie se atreve á pedir la palabra. Lecointre de Versailles, uno de los enemigos más encarnizados de Robespierre, es el primero en presentarse, pero sólo para pedir la impresión del discurso; tanto vacilan los más atrevidos en comenzar el ataque. Bourdón de l'Oise osa oponerse á la impresión, diciendo que aquel discurso contiene cosas demasiado graves, y pide que se remita á los dos comités. Barrere, siempre prudente, apoya la demanda sobre la

impresión, diciendo que en un país libre se debe imprimir todo; pero Couthón se precipita á la tribuna, indignado de hallar sólo una contestación donde espera un arranque de entusiasmo, y reclama no sólo la impresión, sino su envío á todos los ayuntamientos y á los ejércitos. Necesita, dice, desahogar su corazón ulcerado, pues hace algún tiempo que se abruma de disgustos á los diputados más fieles á la causa del pueblo; se les acusa de derramar la sangre, de tratar de verter más todavía; y sin embargo, si él creyera haber contribuido á la pérdida de un solo inocente, moriría de dolor. Las palabras de Couthón excitan el resto de sumisión que aún quedaba en la asamblea, que vota la impresión del discurso y su envío á todas las municipalidades.

Los adversarios de Robespierre iban perdiendo terreno; pero Vadier, Cambón, Billaud-Varennes, Panís y Amar piden la palabra para contestar á las acusaciones de Robespierre; reanímase el valor por el peligro, y comienza la lucha; pero como todos quieren hablar á la vez, señalan el turno de cada cual. Vadier es admitido el primero para explicarse: justifica al comité de seguridad general; sostiene que el informe sobre Catalina Theot tenía por objeto descubrir una conspiración verdadera y trascendental, y añade con tono justificativo que tiene documentos para probar la importancia y el riesgo. Cambón justifica sus leyes de hacienda y su honradez, que era universalmente conocida y admirada en un destino en que tan grandes eran las tentaciones; habla con su impetuosidad acostumbrada para probar que los agiotistas son los únicos que han podido resentirse de sus leyes de hacienda; y rompiendo al fin con la medida observada hasta entonces, exclama: «Ya es tiempo de decir toda la verdad. ¿Pueden acusarme de haberme hecho dueño de alguna cosa? El hombre que se ha hecho dueño de todo, el hombre que paralizaba vuestra voluntad es el que acaba de hablar, es Robespierre.» Semejante vehemencia desconcierta á este último. Como si le acusaran de haber tiranizado la hacienda, dice que jamás ha intervenido en ella, que por lo tanto no pudo entorpecer nunca á la Convención en este asunto; y por lo demás, que al atacar los planes de Cambón no ha sido su ánimo atacar sus intenciones. La verdad es que le había calificado de bribón. Billaud-Varennes, no menos temible, dice que ya es tiempo de poner todas las verdades en evidencia; habla de la retirada de Robespierre de los comités, de la traslación de las compañías de artilleros, de las cuales no se han dejado salir sino quince, aunque la ley permitía veinticuatro, y añade que arrancará todas las caretas y que mejor quiere que su cadáver sirva de escalón á un ambicioso que autorizar sus atentados por el silencio. Termina pidiendo el informe del decreto que dispone la impresión. Panís se queja después de las continuas calumnias de Robespierre, que ha querido hacerle pasar por autor de las jornadas de septiembre, y pide que Robespierre y Couthón se expliquen acerca de los cinco ó seis diputados, cuyo sacrificio no cesan de pedir á los jacobinos hace un mes. Al punto reclaman la misma cosa por todas partes. Robespierre contesta titubeando que ha venido á descubrir abusos y que no está encargado de justificar á tal ó cual. «¡Nombrad, nombrad los individuos!», gritan algunos. Robespierre divaga más y más, y dice que cuando ha tenido el valor de depositar en el

seno de la Convención dictámenes que creía útiles, no pensaba... Vuelven á interrumpirle. Charlier le grita: «Ya que tenéis el valor de la virtud, tened el de la verdad; nombrad, nombrad á los individuos.» La confusión aumenta: vuélvese á tratar de la impresión, y Amar insiste en que se remita el discurso á los comités. Barrere, viendo que la ventaja se pronuncia en favor de los que piden el envío á los comités, quiere excusarse en cierto modo de haber pedido lo contrario; y la Convención revoca por último su acuerdo, declarando que el discurso de Robespierre, en vez de ser impreso, se remitirá á los dos comités para su examen.

Esta sesión era un acontecimiento verdaderamente extraordinario. Todos los diputados, por lo común tan sumisos, habían recobrado el valor; y Robespierre, que nunca tuvo más que ceño y ninguna audacia, estaba atónito, resentido y despechado. Como necesitaba repenirse, corre á buscar á sus fieles jacobinos á fin de hallarse entre amigos y recobrar valor: éstos sabían ya lo ocurrido y esperabanle con impaciencia. Apenas se presenta, saludanle con nutridos aplausos; Couthón le sigue, y participa de las mismas aclamaciones. Pídesese la lectura del discurso; Robespierre emplea dos horas largas en repetirla, porque á cada instante le interrumpen los gritos y aplausos frenéticos; y apenas concluye, añade algunas palabras para desahogar su dolor. «Este discurso que acabáis de oír, les dice, es mi testamento. Lo he visto hoy; la liga de los malvados es tan poderosa, que no puedo esperar escaparme. Sucumbo sin sentimiento y os dejo mi memoria; ella os será grata y la defenderéis.» Al oír estas palabras, se grita que no es tiempo de temer y desesperar, y que, lejos de ello, se vengará al padre de la patria de todos los perversos reunidos. Henriot, Dumás, Coffinhal y Payán le rodean y se declaran dispuestos á obrar. Henriot dice que aún recuerda el camino de la Convención. «Separad á los malos de los hombres débiles, les dice Robespierre; libertad á la Convención de los malvados que la oprimen; prestadle el servicio que de vosotros espero, como en el 31 de mayo y el 2 de junio. Id, salvad una vez más la libertad; y si á pesar de todos estos esfuerzos es preciso sucumbir, entonces, amigos míos, me veréis beber la cicuta tranquilamente.» «¡Robespierre, grita un diputado, yo la beberé contigo!» Couthón propone á la sociedad un nuevo escrutinio depuratorio, y quiere que se expulsa al instante á cuantos diputados votaron contra Robespierre; llevaba consigo la lista y la presentó en el acto. Adóptase su proposición en medio de un tumulto espantoso: Collot d'Herbois trata de hacer algunas observaciones, pero le aturden á silbidos; habla de sus servicios, de los peligros á que se ha expuesto y de los dos tiros de Ladmiral; mas se burlan de él, le injurian y le echan de la tribuna. Todos los diputados presentes, designados por Couthón, son expulsados del mismo modo, y aun algunos reciben golpes. Collot se salva en medio de los cuchillos que se levantan contra él.

La sociedad era más numerosa aquel día por hallarse en ella todos los hombres de acción que en los momentos de turbulencia penetraban sin tarjeta ó con alguna falsa. El agente nacional Payán, hombre muy ejecutivo, propone un proyecto audaz: quería que se fuera en el acto á prender á todos los conspiradores, cosa que po



día hacerse, porque en aquel momento se hallaban reunidos en los comités de que eran individuos; y así se hubiera terminado la lucha sin combate, por un golpe de mano. Robespierre, sin embargo, se opuso, porque no le gustaban los actos tan rápidos, pensando que se debían seguir todos los procedimientos del 31 de mayo. Habíase hecho ya una petición solemne; él acababa de pronunciar un discurso; Saint-Just, recién llegado del ejército, presentaría un informe á la mañana siguiente; Robespierre hablaría de nuevo; y si no daba buen resultado, los magistrados del pueblo, reunidos entretanto en el Ayuntamiento y apoyados por la fuerza armada de las secciones, declararían que el pueblo entraba en el ejercicio de sus funciones soberanas é irían á libertar á la Convención de los perversos que la habían extraviado. Hallábase trazado así el plan por los anteriores y separáronse todos prometiéndose para el día siguiente, Robespierre estar en la Convención, los jacobinos en su sala, los magistrados municipales en el Ayuntamiento y Henriot á la cabeza de las secciones. Contábase además con los jóvenes alumnos de la Escuela de Marte, cuyo comandante, Labreteche, era afecto á la causa de la municipalidad.

Tal fué aquel día del 8 termidor, último de la sangrienta tiranía que pesaba sobre Francia. Sin embargo, aun en este día no cesó de funcionar la horrible máquina revolucionaria. El tribunal estuvo reunido; las víctimas fueron conducidas al cadalso, y entre ellas dos poetas célebres, Roucher, autor de los *Meses*, y el joven Andrés Chenier, que dejó admirables bosquejos y á quien Francia llorará tanto como á todos esos jóvenes de genio, oradores, escritores y generales, devorados por el cadalso y por la guerra. Aquellos dos hijos de las musas se consolaban en la carreta fatal recitando versos de Racine; y al subir al cadalso el joven Andrés lanzó aquel grito del genio atajado en su carrera: *¡Morir tan joven!*; y añadió golpeándose la frente: *Aquí había alguna cosa.*

Durante la noche que siguió agitáronse por todas partes, ocupándose cada cual en concentrar sus fuerzas. Los comités estaban reunidos y deliberaban acerca de los grandes acontecimientos del día y sobre los del siguiente. Lo que acababa de suceder en los jacobinos era una prueba de que el corregidor y Henriot apoyarían á los triunviros, y que al día siguiente sería necesario luchar contra todas las fuerzas del Ayuntamiento.

Hubiera sido lo más prudente prender á estos dos jefes; pero los comités vacilaban aún; querían y no querían, y estaban como arrepentidos de haber empeñado la lucha. Veían que si la Convención era bastante fuerte para vencer á Robespierre, entraría de nuevo en el ejercicio de todos sus poderes, y que al evitar los golpes de su rival perderían la dictadura. Mejor hubiera sido seguramente entenderse con él; mas no era ya tiempo, porque Robespierre se guardó muy bien de presentarse á ellos después de la sesión de los jacobinos. Saint-Just, llegado del ejército hacía algunas horas, los estaba observando y manteníase silencioso. Pidiéronle el informe que se le encargó en la última entrevista y queríase oír su lectura, pero contestó que no podía comunicarle por haberle dejado para leer á uno de sus colegas; y habiéndosele invitado á dar á conocer cuando menos

la conclusión, rehusó también. En aquel momento entra Collot en extremo irritado por lo que le acababa de suceder en los jacobinos. «¿Qué ocurre en los jacobinos?», le dice Saint-Just. — ¿Tú me lo preguntas?, replica Collot con cólera. ¿No eres tú el cómplice de Robespierre? ¿No habéis combinado los dos vuestros proyectos? Ya lo veo; habéis formado un infame triunvirato; queréis asesinarlos: pero si sucumbimos, no disfrutaremos mucho tiempo del fruto de vuestros crímenes.» Al decir esto, acércase á Saint-Just y añade con vehemencia: «Tú quieres denunciarnos mañana, y llevas el bolsillo lleno de notas contra nosotros; enséñalas...» Saint-Just vacía sus bolsillos y asegura no tener ninguna. Entonces aplacan á Collot, y se exige á Saint-Just que vuelva á las once de la mañana á comunicar su informe antes de leerle en la Asamblea. Antes de separarse los comités, acuerdan pedir á la Convención que destituya á Henriot y cite á la barra al corregidor y al agente nacional.

Saint-Just corre presuroso á escribir su informe, que no había redactado aún, y denuncia con más brevedad y energía que Robespierre la conducta de los comités con sus colegas, la ocupación de todos los negociados, el orgullo de Billaud-Varennes y las falsas maniobras de Carnot, que había trasladado el ejército de Pichegrú á las costas de Flandes, queriendo separar diez y seis mil hombres del ejército de Jourdan. Este informe era tan pérfido como el de Robespierre, pero mucho más hábil. Saint-Just resolvió leerle en la Convención sin enseñarle en los comités.

Mientras que los conjurados se concertaban entre sí, los montañeses, que hasta entonces se habían limitado á comunicarse sus temores, pero que no tenían formado ningún complot, corrían unos á casa de otros, prometiéndose para el día siguiente atacar á Robespierre de una manera más formal, para conseguir si era posible un decreto contra él; para esto necesitaban el concurso de los diputados de la Llanura, á quienes habían amenazado á menudo, y que Robespierre, fingiendo el papel de moderador, defendió en otro tiempo. Pocos títulos tenían, pues, en su favor; mas fueron, sin embargo, á buscar á Boissy-d'Anglós, Durand-Maillane y Palasne-Champeaux, todos tres constituyentes y cuyo ejemplo debía decidir á los demás. Dijéronles que serían responsables de toda la sangre que vertiera todavía Robespierre si no consentían en votar contra él; y aunque rechazados al principio, volvieron á insistir hasta tres veces, y al fin obtuvieron la promesa deseada. Pasó toda la mañana del 9; Tallián prometió dar principio al ataque, y pidió sólo atrevimiento para seguirle.

Cada cual acudió á su puesto: el corregidor Fleuriot y el agente nacional Payán estaban en el Ayuntamiento; Henriot, seguido de sus ayudantes de campo, recorría á caballo las calles de París. Los jacobinos estaban en sesión permanente. Los diputados, en pie desde primera hora de la mañana, se habían dirigido á la Convención antes de la hora de costumbre; recorrían los pasillos en tumulto, y los montañeses les hablaban con viveza para decidirles en su favor. Eran las once y media: Tallián se hallaba en una de las puertas de la sala hablando con varios de sus colegas, cuando ve entrar á Saint-Just, que sube á la tribuna. «Este es el momento, exclama; entremos.» Siguenle todos, se ocupan los ban-

cos, y espérase en silencio el principio de aquella escena, una de las más notables de nuestra borrascosa república.

Saint-Just, que ha faltado á la palabra dada á sus colegas y que no ha ido á leer su informe, ocupa la tribuna. Los dos Robespierre, Lebás y Couthón están sentados uno junto á otro, y Collot d'Herbois presidía. Saint-Just manifestó estar encargado por los comités de leer un informe y obtuvo la palabra. Comienza por decir que no es de ninguna facción y que sólo pertenece á la verdad; que la tribuna podrá ser para él, como para

de hablar en nombre de los comités, porque no les ha comunicado su informe; y que en aquel momento no debe flaquear la Asamblea, porque perecerá si es débil. «No, no, gritan los diputados agitando sus sombreros; no será débil ni perecerá!» Lebás pide entonces la palabra, que Billaud no ha cedido aún; agítase y hace ruido para obtenerla. A propuesta de todos los diputados, llámanle al orden; pero quiere insistir de nuevo, y entonces gritan varios individuos de la Montaña: «¡A la Abadía el sedicioso!» Billaud continúa, y sin guardar ya ninguna consideración, dice que Robespierre ha



Boissy d'Anglós

otros muchos, la roca Tarpeya; pero que no dirá por eso menos su opinión completa acerca de las divisiones que han surgido. Tallián, sin dejarle apenas concluir estas primeras frases, pide la palabra para una cuestión de orden y la obtiene. «La república, dice, se halla en el estado más lastimoso, y ningún ciudadano puede menos de verter lágrimas sobre ella. Un individuo del gobierno se aisló ayer para denunciar á sus colegas; otro viene á hacer lo mismo hoy. Esto es agravar en demasía nuestros males y pido que se rasgue al fin el velo.» Apenas pronunciadas estas palabras, resuenan los aplausos y se prolongan, vuelven á comenzar y se repiten por tercera vez. Esta era la señal precursora de la caída de los triunviros. Billaud-Varennes, que ha ocupado la tribuna después de Tallián, dice que los jacobinos han celebrado la víspera una sesión sediciosa, donde se hallaban asesinos que anunciaron el proyecto de dar muerte á los individuos de la Convención. Manifiéstase una indignación general, y Billaud-Varennes añade: «Veo en las tribunas á uno de los hombres que amenazaban ayer á los diputados fieles. ¡Que le prendan!» Apodéransese de él al punto y le entregan á los gendarmes. Billaud sostiene después que Saint-Just no tiene derecho

tratado siempre de dominar á los comités; que se retiró cuando se hizo oposición á su ley del 22 pradiar y al uso que de ella se proponía hacer; que ha querido conservar al noble Lavalette, conspirador en Lila, en la guardia nacional; que ha impedido el arresto de Henriot, cómplice de Hebert, para convertirle en partidario suyo; que se ha opuesto además al encarcelamiento de un secretario del comité que había robado ciento catorce mil francos; que ha mandado aprisionar por medio de su agencia de policía al mejor comité revolucionario de París; que siempre ha hecho en todo su voluntad, y que ha querido ser dueño absoluto. Billaud añade que podría citar aún otros muchos hechos, pero que bastará decir que el día anterior se han prometido los agentes de Robespierre en los jacobinos, los Dumás y los Coffinhal, diezmar á la Convención.

Mientras que Billaud enumeraba estos cargos manifestábase á intervalos movimientos de indignación en la Asamblea. Robespierre, lívido de cólera, había abandonado su asiento y subido la escalera de la tribuna; y colocado detrás de Billaud, pedía la palabra al presidente con extremada violencia. Aprovechando el momento en que Billaud concluye, vuelve á pedirla más



vivamente. «¡Fuera el tirano! ¡fuera el tirano!», gritan por todas partes. Dos veces resuena este grito acusador, anunciando que la Asamblea osa por fin dar á Robespierre el nombre que merece. Mientras insiste, Tallián, que se ha precipitado á la tribuna, pide la palabra y la obtiene antes. «Hace un momento, dice, os pedía que se desgarrase completamente el velo, y veo que así se acaba de hacer. Los conspiradores están descubiertos; yo sabía que mi cabeza estaba amenazada, y hasta aquí había guardado silencio; pero ayer asistí á la sesión de los jacobinos, donde he visto cómo se formaba el ejército del nuevo Cromwell; entonces temblé por la patria, y me armé de un puñal á fin de traspasarle el pecho si la Convención no tenía valor suficiente para decretar la acusación.» Al pronunciar estas palabras, Tallián enseña su puñal, y resuenan por todas partes los aplausos. Después propone el arresto del jefe de los conspiradores, Henriot, y Billaud pide al mismo tiempo el del presidente Dumás y de Boulanger, que la víspera fué uno de los más agitadores en los jacobinos. Acto continuo se decreta el arresto de los tres culpables. Robespierre, que no había abandonado la tribuna, se aprovecha de aquel intervalo para pedir otra vez la palabra; pero sus adversarios estaban resueltos á rehusársela, temerosos de que al oír su voz se despertara un resto de temor y servilismo; colocados todos en la cima de la Montaña, profieren nuevos gritos, y mientras Robespierre se vuelve tan pronto al presidente como á la Asamblea, exclaman por todas partes con voz de trueno: «¡Fuera, fuera el tirano!» Barrere vuelve á obtener la palabra antes que Robespierre. Afírmase que este hombre, que por vanidad quiso figurar y que por debilidad temblaba después ante la idea de haberlo intentado, llevaba dos discursos en el bolsillo, uno á favor de Robespierre y el otro á favor de los comités. Comienza por desarrollar la proposición convenida durante la noche, que consiste en suprimir el grado de comandante general, restablecer la antigua ley de la Legislativa por la que todo jefe de legión mandaba á su vez la fuerza armada de París, y llamar en fin á la barra al corregidor y al agente nacional para que respondan de la tranquilidad pública. Este decreto es adoptado acto continuo, y un ujier marcha á comunicarle al Ayuntamiento en medio de los mayores peligros.

Después de adoptado el decreto propuesto por Barrere, se continúa la enumeración de las faltas cometidas por Robespierre, y cada cual se presenta á su vez para hacerle un cargo. Vadier, que suponía haber descubierto una conspiración importante al apoderarse de Catalina Theot, refiere lo que no había dicho la víspera, que Dom Gerle poseía una certificación de civismo, firmada por Robespierre, y que en un colchón de Catalina se halló una carta en la que llamaba á Robespierre su hijo querido. Extiéndese luego sobre el espionaje que rodeaba á los comités, aunque con la difusión de un anciano y una lentitud que no convenía á la agitación del momento; pero impacientado Tallián, vuelve á subir á la tribuna y toma de nuevo la palabra para decir que es preciso llevar la cuestión á su verdadero terreno. En efecto, habíase decretado el arresto contra Henriot, Dumás y Boulanger y se acababa de llamar á Robespierre tirano, pero sin adoptar ninguna resolución decisiva. Tallián observa que no se debe tratar sólo de

algunos detalles de la vida de aquel hombre, á quien llaman tirano, sino que es preciso fijarse en el conjunto. Entonces comienza á trazar un animado bosquejo de la conducta de aquel dictador cobarde, orgulloso y sanguinario. Robespierre, sofocado de cólera, le interrumpe con furiosos gritos. Louchet dice: «Es preciso concluir. ¡El arresto contra Robespierre!» Loseau añade: «¡La acusación contra ese delator!—¡La acusación, la acusación!», gritan muchos diputados. Levántase Louchet, y mirando á su alrededor, pregunta si se le apoya. «¡Sí, sí!», contestan cien voces. Robespierre menor dice desde su asiento: «¡Participo de los crímenes de mi hermano; unidme á él!» Nadie se fija en este rasgo de abnegación, y se sigue gritando: «¡El arresto, el arresto!» En aquel momento, Robespierre, que no había cesado de ir desde su asiento á la mesa, acércase de nuevo al presidente y le pide la palabra; pero Thuriot, que había reemplazado á Collot d'Herbois en la presidencia, le contesta agitando su campanilla. Robespierre se vuelve entonces hacia la Montaña, y sólo ve miradas frías ó de enemigos furiosos; y dirigiéndose después á la Llanura, exclama: «¡Á vosotros, hombres puros y virtuosos, á vosotros es á quienes me dirijo, y no á los infames!» Todos le vuelven la cabeza ó le amenazan; y al fin, encarándose con el presidente, le dice: «¡Por última vez, presidente de asesinos, te pido la palabra!» Y como pronunciase estas frases con voz ahogada, grítale Garnier de l'Aube: «¡La sangre de Dantón te ahoga!» Impacientado Duval ante aquella lucha, levántase y dice: «Presidente, ¿será largo tiempo ese hombre el amo de la Convención?—¡Ah!, ¡cuánto cuesta derribar á un tirano!», exclama Frerón. «¡Á votar, á votar!», grita Loseau. El arresto pedido tantas veces se pone al fin á votación, y decrétese en medio de un tumulto espantoso. Apenas expedido el decreto, levántanse todos gritando: «¡Viva la libertad! ¡Viva la república! ¡Ya no hay tiranos!»

Muchos diputados se levantan para decir que han entendido votar por el arresto de los cómplices de Robespierre, Saint-Just y Couthón, y acto continuo se les comprende en el decreto. Lebás pide que se le incluya también, y se accede á su demanda, lo mismo que á la de Robespierre menor. Aquellos hombres intimidaban de tal modo aún, que los ujieres no se habían atrevido á presentarse para conducirlos á la barra; mas al ver que permanecían en sus asientos, pregúntase por qué no bajan al lugar de los acusados. El presidente contesta que los ujieres no han podido ejecutar la orden, y entonces se generaliza el grito de: «¡Á la barra! ¡Á la barra!» Los cinco acusados bajan, Robespierre furioso, Saint-Just sereno con aire despreciativo, y los demás consternados por aquella humillación tan nueva para ellos. Comparecían, por fin, en aquel mismo sitio adonde habían enviado á Vergniaud, Brissot, Petión, Camilo Desmoulins, Dantón y tantos otros de sus colegas, notables por su virtud, su genio ó su valor.

Eran las cinco. La Asamblea se había declarado en sesión permanente; pero en aquel momento, agobiada de fatiga, adopta la peligrosa resolución de suspender la sesión hasta las siete para descansar un poco. Sepáranse entonces los diputados, y dejan así al Ayuntamiento en libertad de cerrar el lugar de sus sesiones y apoderarse de París, si hubiese tenido suficiente auda-



TALLIEN